

nen por la tarde con sus familias à sentarse en sus orillas, à merendar ó à cenar;—hechiceros grupos al rededor de los troncos;—bailes de doncellas;—placeres decentes y silenciosos de los orientales. Se ve que el pensamiento íntimo goza en sí mismo:—estos hombres sienten la naturaleza mejor que nosotros:—en ninguna parte tienen los árboles mas sinceros adoradores. Hay una simpatía profunda entre sus almas y las bellezas de la tierra, del mar y del cielo. Cuando vuelvo por la noche de Constantinopla en caique, y costeo las márgenes de Europa, à la luz de la luna, veo una cadena de una legua de matronas, doncellas y niños, sentados en silencio, formando grupos, en los bordes del muelle de granito, ó en los antepechos de los terrados de los jardines; donde pasan horas deliciosas contemplando el mar, los bosques, la luna,—respirando la serenidad de la noche. Nuestro pueblo no siente ninguna de estas delicias naturales; ha desgastado sus sensaciones; necesita placeres facticios; solo los vicios pueden conmovérle. Aquellos en quienes la naturaleza habla todavía con bastante fuerza para ser comprendida, son los filósofos y los poetas:—miserables á quienes bastan la voz de Dios en sus obras, la naturaleza, el amor y la contemplacion silenciosa.

En Buyukderé y en Terapia encuentro varios conocidos entre los rusos y los diplomáticos; el

conde Orloff, M. de Boutenieff, embajador de Rusia en Constantinopla, hombre amabilísimo, filósofo y hombre de estado. El baron de Sturmer, internuncio de Austria, me colma de bondades. Recibimos noticias políticas de Europa; este es ahora el punto importante. Los rusos, acampados en Asia, y surtos bajo nuestras ventanas ¿se retirarán por ventura? Me parece indudable: nadie se apresura á asir una presa que no puede escapársele. El conde Orloff me hacia leer ayer una carta admirable que le escribe el emperador Nicolás, en que le dice en sustancia:

—Mi estimado Orloff, cuando la Providencia ha colocado á un hombre al frente de cuarenta millones de hombres, es para que dé desde mayor altura al mundo el ejemplo de la probidad y de la fidelidad à su palabra. Yo soy ese hombre, y quiero ser digno de la mision que he recibido de Dios. Apenas se allanen las desavenencias entre Ibrahim y el Gran-Señor, no demoréis ni un solo dia el retirar mi armada y mi ejército.

Noble language, situacion bien comprendida, generosidad fecunda! Constantinopla no se echará á volar, y la necesidad traerá á ella de nuevo á los rusos, á quienes su probidad política aleja por un momento.

20 de Junio.

Aquí he conocido un hombre amable y de provecho, uno de esos hombres mas fuertes que su mala fortuna y que se sirven de la ola que debia sumergirlos para abordar á la playa. El señor Calosso, oficial piamontés, comprometido, como muchos de sus compañeros, en la ventolera de revolucion militar del Piamonte en 1820, proscrito como los otros, sin asilo ni simpatías en parte alguna, se vino á Turquía, se presentó al sultan ofreciéndose á organizar su caballería, y llegó á ser su valido y su inspirador militar. Honrado hábil y circunspecto, él mismo moderó una privanza peligrosa que podia esponerle á demasiadas envidias; su modestia y su cordialidad agradaron á los bajás de la corte y á los ministros del divan. En todas partes ha sabido ganar amigos y conservarlos: el sultan le ha elevado en dignidad sin pedirle que abjure su nacionalidad ni su culto. Ahora es para todos los turcos Rustem-Bey, y para los francos un franco servicial y amable: ha procurado relacionarse conmigo y me ha ofrecido todos los servicios que puede proporcionarme merced á su familiaridad en el divan y en el serrallo. A él he debido muchas altas relaciones, y la facilidad de ver-

lo y conocerlo todo,—cosas que nunca ha podido obtener ningun viagero cristiano, y que no consiguen ni aun los mismos embajadores. Con su asistencia ha preparado una visita completa del serrallo, donde nadie ha penetrado desde que le visitó lady Worchley-Montagu. Mañana procuraremos recorrer juntos ese misterioso recinto, que él no conoce, pero donde tiene amigos poderosos.

Empezamos por hacer una visita á Namuk-Bajá, uno de los jóvenes privados del gran-señor, que me convidó dias pasados á un almuerzo en su cuartel de Scútari, y puso á mi disposicion sus caballos para visitar las montañas de Asia. Namuk-Bajá estaba aquel dia de servicio en el palacio del sultan en Beglierbey, en las orillas del Bósforo, adonde fuimos á desembarcar. Merced al grado y á la privanza de Rustem-Bey, nos dejaron entrar y ecsaminar los contornos de la morada del gran-señor, que se disponia á la sazón á ir á una pequeña mezquita de una aldea de Europa, al otro lado del Bósforo, en frente de Beglierbey. Sus caiques, soberbiamente equipados, estaban amarrados al muelle que ciñe el palacio, y sus caballos árabes, de rara hermosura, le aguardaban en los patios teniéndolos del freno los sais para que los montase el sultan al atravesar sus jardines. Entramos en una ala del palacio, separada del cuerpo principal, y donde están los bajás, los oficiales de servicio y el estado mayor del palacio. Cruzamos

unas grandes salas por donde circulaba una multitud de militares, de empleados y de esclavos: todo estaba en movimiento, como en un ministerio ó en un palacio de Europa un dia de ceremonia. El interior de este palacio no estaba magníficamente amueblado; divanes y alfombras, paredes pintadas al fresco, y arañas de cristal, formaban toda su decoracion. Los trages orientales, el turbante, la pelliza, el pantalon ancho, la faja, el caftan de oro, abandonados por los turcos por un miserable trage europeo, mal cortado y ridículamente llevado, han convertido el aspecto grave y solemne de este pueblo en una pobre parodia de los Francos. La estrella de diamantes que reluce en el pecho de los bajás y de los visires, es la única decoracion que los distingue y recuerda su antigua magnificencia. Lleváronnos cruzando varios salones llenos de gente, à una salita que da sobre los jardines exteriores del palacio del gran-señor, donde se nos reunió Namuk-Bajà; se sentó con nosotros, nos hizo traer pipas y sorbetes, y nos presentó varios jóvenes bajás que poseen tambien el favor del amo; algunos coroneles del *nisam*, ó de las tropas regulares de la guardia, vinieron à reunirse con nosotros y à tomar parte en la conversacion. Namuk-Bajà, recien llegado de su embajada en Petersburgo, hablaba el francés con gusto y facilidad: sus modales, estudiados de los rusos, eran los de un elegante diplomá-

tico europeo: me pareció hombre de talento y travesura. Calil-Bajà, capisan-bajà à la sazón, y que luego se ha casado con la hija del sultan, habla igualmente muy bien el frances. Aemet-Bajà es tambien un jóven elegante osmanli, que tiene todos los modales de un europeo. Nada en aquel palacio recuerda una corte asiática, escepto los esclavos negros, los eunucos, las ventanas enrejadas de los harenes, las hermosas sombras y las azules aguas del Bósforo que veíamos por entre los jardines. Hablamos con discrecion, pero con franqueza, del estado de las negociaciones entre el Egipto, la Europa y la Turquía; de los progresos de los turcos, hechos y por hacer, en la táctica, en la legislacion y en la política de las diversas potencias relativamente à la Turquía. Nada hubiera anunciado en nuestra conversacion que hablábamos de los que llaman bárbaros con unos bárbaros, y que el eco de nuestras palabras podia llegar à oídos del gran-señor, de la *sombra de Alá* no hubiera sido mas íntima, mas elegante, ni mas profunda en un salon de Lóndres ó de Viena.

Aquellos jóvenes, ansiosos de luces y de progresos, hablaban de su situacion y de sí propios, con noble y candorosa modestia. Como se acercaba la hora de la oracion, nos despedimos de nuestros huéspedes, remitiendo à otro momento la solicitud de nuestra presentacion directa al sultan.

Namuk-Bajá nos confió à un coronel de la guardia imperial, à quien encargó que nos dirigiese y nos introdujese en el antepatio de la mezquita adonde pensaba ir el Gran-Señor. Atravesamos el Bósforo, y nos colocamos junto á la puerta misma de la mezquita, en las gradas que conducen á ellas. Pocos minutos despues oimos resonar los cañonazos de la escuadra y de los castillos, que anuncian todos los vienes á la capital que el sultan va á la mezquita, y vimos los dos caiques imperiales desprenderse de la costa de Asia y atravesar el Bósforo como una flecha. Ningun lujo de caballos y de coches puede compararse con el lujo oriental de estos caiques dorados, cuyas proas se lanzan, como águilas de oro, á veinte pasos delante del cuerpo del caique; cuyos veinticuatro remeros, alzando y dejando caer sucesivamente sus largos remos, imitan el batir de dos grandes alas, y levantan cada vez un velo de espuma que rodea los costados del caique; y en fin, de este pabellon de seda, de oro y de plumas, cuyas cortinas descorridas dejan ver al Gran-Señor sentado en un trono de cachemira, con sus bajás y sus almirantes á sus piés. Cuando llegó á la orilla, saltó en tierra el sultan con presteza, apoyando sus manos en los hombros de Acmet y de Namuk-Bajá; la música de su guardia, formada en frente de nosotros en la plaza de la mezquita, rompió en una hermosa marcha, miéntras él avanzaba rápidamente entre dos líneas de oficiales y de

espectadores. El sultan Mahmud es un hombre de cuarenta y cinco años, de estatura regular, de noble y elegante porte; tiene los ojos azules y la mirada dulce, la tez animada y morena, una boca agraciada é inteligente; su barba negra y reluciente como el azabache descende en espesas ondas sobre su pecho. Este es el único resto del trage nacional que ha conservado; por lo demas, á escepcion del sombrero, podría tomarsele por un europeo. Llevaba pantalones y botas, una levita de paño oscuro con un cuello bordado de diamantes, y un gorro de lana roja coronada por una borla de piedras preciosas. Parecia inquieto y cuidadoso, y hablaba con vehemencia á los bajás que le acompañaban; acertó el paso cuando llegó junto á nosotros, nos echó una mirada afectuosa, inclinó ligeramente la cabeza, hizo seña á Namuk-Bajá de que tomase el memorial que le presentaba una mujer tapada, y entró en la mezquita, en la que no se detuvo mas que veinte minutos. La música militar estuvo tocando durante todo aquel tiempo trozos de óperas de Mozart y de Rossini. Salió en seguida con el rostro mas despejado y sereno, saludó á derecha é izquierda, se encaminó lentamente hácia el mar y entró en su barca; en un momento le vimos abordar á la costa de Asia y volver á sus jardines de Beglierbey. Es imposible no interesarse por la fisonomía de Mahmud, y no hacer secretos votos por un príncipe cuyas facciones re-

velan una energía varonil y una profunda sensibilidad;—pero ¡ah! esos votos espiran en los labios cuando se piensa en el triste porvenir que le espera. Si fuera un verdadero grande hombre, cambiaría su destino y vencería la fatalidad que le rodea. Todavía es tiempo; mientras existe un pueblo, hay en su religión y en su nacionalidad un principio de energía y de resurrección que un genio hábil y fuerte puede fecundizar, remover, regenerar, y conducir á una gloriosa transformación; pero Mahmud no tiene de un grande hombre mas que el corazón.

Intrépido para pelear y morir, el resorte de su voluntad flaquea cuando es preciso obrar y reinar: cualquiera que sea su suerte, la historia le compadecerá y le honrará. Ha intentado grandes cosas; ha comprendido que su pueblo perecía si él no le transformaba; ha aplicado la hoz á las ramas muertas del árbol;—no sabe dar la savia y la vida á lo que queda en pié de ese tronco sano y vigoroso:—¿es culpa suya? Creo que sí.

Lo que restaba hacer era nada, comparado á la destrucción de los jenízaros; nada oponía resistencia en Turquía. La Europa, tímida y ciega, le favorecía con su cobardía y su inercia. Se han perdido excelentes circunstancias; los años han pasado: el audaz Ibrahim ha convertido en provecho propio la impopularidad del sultan; la Rusia

ha sido aceptada como protectora;—esta vergonzosa protección de un enemigo natural contra un esclavo rebelde, ha indignado al islamismo; Mahmud no tiene ya nada en su favor mas que su denuedo personal. Rodeado de cortesanos y de traidores, un motin puede derribarle del trono y precipitar al imperio en una anarquía final. La Turquía estriba en la vida de Mahamud; el imperio y él perecerán el mismo día. Grande y fatal destino de un príncipe que se llevará consigo las dos mas hermosas mitades de Europa y Asia!

21 de Junio.

A las once arribamos á la escala del antiguo serrallo, y entramos en las calles que le rodean. Visité de paso el divan de la Puerta, vasto palacio donde vive el gran visir y donde se discute la política del imperio; pero que nada notable tiene mas que la impresión que causa el pensar en las escenas de que ha sido teatro: nada en el carácter del edificio recuerda tantos sangrientos dramas. Es un gran palacio de madera pintada, con una escalera exterior, cubierta por un alero con festones al uso de las Indias ó de la China. Las salas están desnudas y esteradas;—de allí bajamos á la plaza donde tantas veces se abrió la tremenda puer-

ta del serrallo para vomitar las sangrientas cabezas de los visires y aun de los sultanes. Pasamos aquella puerta sin obstáculo; el público entra en el primer patio del serrallo, que está plantado de hermosos árboles y baja por la izquierda á un magnífico edificio, que es la casa de la moneda; construccion moderna, sin ningun carácter oriental. Los armenios directores de la moneda, nos recibieron muy bien, y nos abrieron las arcas donde se guardan las joyas que hacen fabricar para el serrallo:—lluvia de perlas y de diamantes, ¡pobres riquezas que arruinan un imperio! Apenas un Estado se civiliza, esas representaciones ideales de la riqueza se truecan en una riqueza real y productiva, la tierra y el crédito. Despues de una breve parada, entramos en el último patio del serrallo, inaccesible á todo el mundo, escepto á los empleados del serrallo, y á los embajadores en los dias de su recepcion; le rodean varias alas de palacios y kioskos, separados unos de otros, habitaciones de los eunucos, de los guardias y de los esclavos; todo está lleno de árboles y fuentes. Cuando llegamos á la tercera puerta, los soldados de guardia debajo de la bóveda rehusan obstinadamente dejarnos entrar. En vano Rustem-Bey se hizo reconocer por el oficial turco que mandaba el piquete, pues le opuso su consigna, y le dijo que espondria su cabeza si me dejaba penetrar. Ya nos volviamos muy cabizbajos cuando se nos llegó el kesnedar ó tesorero

mayor, que salia de la casa de moneda é iba al serrallo donde vive: amigo de Rustem-Bey, entró en conversacion con él, é informado de lo que nos pasaba, nos dijo que le siguiésemos, y nos introdujo sin ninguna dificultad en el patio de los icoglanes. Forman este patio, menos espacioso que los primeros, varios pequeños palacios en forma de kioskos, muy bajos de techo, sustentados por columnitas ó pilares morunos de madera pintada: las columnas, los pilares, las paredes y los techos son tambien de madera labrada y pintada de varios colores. Los patios y jardines, formados por los vacios que dejan entre sí los kioskos, irregularmente diseminados en el espacio, están plantados irregularmente tambien, de árboles hermosísimos y en extremo añosos; sus ramas caen sobre los edificios y cubren los tejados y las azoteas. Forman el ala derecha de esas construcciones las cocinas, que son inmensas. Para formarse idea de la magnitud de este edificio, basta saber que el sultan mantiene á todas las personas dependientes de la corte y del palacio, y que este número de comensales asciende por lo menos á diez mil por dia.

Delante de las cocinas hay un lindísimo palacio, rodeado de una galería ó pórtico, que es el de los pages ó icoglanes del serrallo, donde el gran-señor mantiene y hace educar á los hijos de las familias de su corte, ó á jóvenes esclavos destinados á los